

Nueva York. Noviembre 2003

El rascacielos donde vivía Madison Clark era tan alto que rozaba el cielo. En verano, salía a la terraza y desayunaba mirando a Central Park, que se distinguía como una gran mancha verde llena de vida. Cuando cumplió doce años, su padre le compró un telescopio con el que se pasaba las horas muertas observando la ciudad.

Aunque su madre insistía en que fuera más sociable y saliera con sus amigas, ella ya no tenía ganas de verlas. Prefería contemplar los edificios y perderse entre las miles de ventanas. Acababa de cumplir catorce años y, una vez más, no estaría su padre, quien había fallecido de manera repentina.

A Madison le parecía mentira que su vida hubiera cambiado tanto en tan poco tiempo. Su madre ya no era la misma de siempre. Desde la

muerte de su marido comía poco y hablaba menos. Nunca la había visto tan triste. Ya no se escuchaban sus risas en el amplio apartamento, y sus ojos oscuros tenían un brillo apagado.

Las primeras Navidades tras la muerte de su padre habían sido desoladoras. El ambiente estaba cargado de recuerdos, y Madison esperaba verlo aparecer en cualquier momento con un abeto. Cuando Madison volvía a la realidad, tenía la impresión de que las luces no brillaban igual, y los adornos y villancicos habían perdido sentido para ella. Hasta los regalos envueltos en tentadores paquetes de colores, no crujían de la misma manera al abrirlos.

Dos meses después de la muerte de su padre, Madison encontró la caja en la que él había atesorado sus recuerdos: los primeros dibujos de cuando ella era muy pequeña, sus manualidades del colegio, un mechón de pelo, lazos, botones, pendientes perdidos, fotos...

Ese día por la tarde, fue a pasear por el parque con su madre. Una vez más pasaron por Strawberry Fields y contemplaron el mosaico dedicado a John

Lennon, adornado, como siempre, con flores y velas. Madison conocía las costumbres de su madre; cuando ella se sentó en un banco con aire pensativo para observar el círculo donde se leía *Imagine*, ella aprovechó para enterrar la caja entre unos árboles. Era lo más adecuado, pues sentía que con su padre se había ido también su infancia.

Diciembre se había apoderado de la ciudad y un frío cortante soplaba en la azotea. Estaba anocheciendo y, enfundada en un abrigo negro, con un gorro de lana y unos guantes, Madison miraba a los patinadores en la pista de hielo. Las luces de la ciudad empezaban a encenderse y el cielo presagiaba nieve. Nueva York ofrecía un aspecto melancólico que acentuaba su desánimo.

—¿Qué haces en la terraza con este frío, Madison? Te vas a helar —dijo su madre. La mujer encendió la luz del salón y Madison se sobresaltó.

—Me has asustado. ¿Cómo has llegado a casa tan pronto? —respondió en un portugués impecable mientras pensaba que su madre era una especialista en sacarla bruscamente de sus ensoñaciones.

—He venido antes porque tengo que decirte algo.

Madison entró en casa y cerró la puerta corredera. Se miró en el espejo de la sala, estaba más pálida de lo habitual. Se sentó en el sofá sin quitarse el abrigo.

—Dime, mamá.

—Verás, he estado pensando mucho, Madison... —empezó su madre—. Desde que tu padre se fue, ya no me siento a gusto en esta ciudad. Sabes que estoy acostumbrada a otra manera de vivir, a otro clima... En realidad, si vivíamos aquí era por él.

La madre de Madison era una especialista brillante en enfermedades tropicales y recibía ofertas de hospitales muy importantes. Amaba el sol y la alegría de Río de Janeiro. El padre de Madison solía contarle historias de la familia que le parecían muy pasadas de moda, pero que narradas por él eran interesantes. Decía que sus abuelos maternos eran muy tradicionales, y que cuando su madre y él se hicieron novios se opusieron porque él era un reportero muy popular. Su padre era el mejor del mundo

y ya nunca más volvería a verlo. Madison se quedó mirando fijamente a su madre.

—Ya sabes que estoy en un proyecto muy interesante sobre una nueva enfermedad y me han ofrecido la oportunidad de investigar en Brasil. Es una propuesta apasionante y he dicho que sí. Bueno, si a ti te parece bien...

—¿En Río? —preguntó Madison.

—No —dijo la madre—. En Belén, aunque primero iríamos a Manaos porque quiero que nos tomemos unos días de descanso y que lo conozcas. Una vez instaladas, podríamos ir a Río a visitar a los abuelos y a los tíos.

—Manaos está cerca de la selva, ¿verdad?

—Sí, en la orilla del Río Negro. Me apetece que veas el lugar donde tu padre y yo nos conocimos. Fue durante un reportaje que hizo en el hospital donde yo trabajaba y...

—Lo sé, me lo has contado mil veces, mamá —dijo Madison con un tono de fastidio en la voz.

—Tienes razón, empiezo a repetir las cosas —María da Silva se tocó la frente como queriendo borrar un pensamiento.

—¿Y cuánto tiempo nos quedaremos? —preguntó Madison.

—Un año, como mucho —respondió la madre—. A tu padre le gustaba el Amazonas, y tú no has estado nunca. Será una buena oportunidad para que lo conozcas.

La idea de ir a vivir cerca de la selva le parecía atrayente. Su padre le había hablado mucho sobre animales fantásticos que habitaban en lo más profundo del bosque: pequeñas ranas venenosas de colores, boas y anacondas de veinte metros capaces de tragarse a un hombre, caimanes parecidos a dinosaurios y pirañas de dientes afilados capaces de convertir en esqueleto a cualquiera que se metiese en el agua. Abandonar Nueva York durante una temporada le parecía una excelente idea. Tal vez un cambio de aires fuera bueno, y no todo el mundo podía irse a Brasil de la noche a la mañana.

—Tu tía Jane me ha propuesto que te quedes con ella y con tu prima Megan si quieres continuar en tu colegio —dijo la madre.

Madison la miró fijamente. A veces tenía la impresión de que su madre siempre había preferi-

do a su padre y su trabajo antes que a ella. Quizá se la quería quitar de encima, pero no iba a conseguirlo tan fácilmente.

—¿Prefieres que me quede con tía Jane? —preguntó.

—¡Claro que no, Maddy! Quiero que vengas conmigo.

—¿Y qué sucederá con mis estudios?

—Puedes ir al colegio en Belén —la tranquilizó María—. Eso puedo arreglarlo fácilmente. No tienes problema con el idioma.

—¿Cuándo saldremos de viaje?

—En un par de semanas —confirmó su madre.

—De acuerdo. Me parece bien —respondió la joven, se levantó y se dirigió de nuevo a la terraza.

Al día siguiente nevó en Manhattan. Madison veía cómo los copos caían en la terraza y formaban una capa de nieve cada vez más espesa. Sintió que, a pesar de todo, iba a echar de menos Nueva York. No había nada mejor que vivir en mitad del cielo observando el mundo sin necesidad de bajar.

Quien sabe si podría adaptarse a su nueva vida, pero un año pasaba muy rápido, pensó.

Le resultaba divertido elegir la ropa de verano en pleno invierno. Comenzó a preparar el equipaje y, mientras elegía las prendas, le vino a la mente la última Nochevieja vivida junto a su padre. Fue la del año dos mil y solo a él se le podía haber ocurrido celebrarla en Times Square en vez de en una fiesta privada. Madison nunca había visto tanta gente junta. Su padre la llevaba fuertemente sujeta de la mano, y ella miraba alucinada los espectáculos, los sombreros de papel, los globos y el bullicio. Su madre le había contado que durante todo el mes de diciembre miles de personas escribían en papelitos sus esperanzas para el nuevo año, y que eran esos mismos papelitos los que se tiraban a modo de confeti. A las doce en punto bajó la bola de cristal y el clamor se apoderó de la plaza. Mientras sus padres y miles de desconocidos se besaban, ella se dedicó a recoger todos los papelitos que pudo. Le hubiera gustado leerlos todos para conocer los deseos de la gente de su ciudad.

Continuaba haciendo un frío intenso y Madison sentía sus mejillas y su nariz heladas cuando sus tíos las acompañaron al aeropuerto. No estaban demasiado conformes con que su madre se la llevara a mitad de curso, pero no podían hacer nada para evitarlo.

—Esa enfermedad que vas a investigar... —preguntó su tía, preocupada—. No será contagiosa ¿verdad?

—Si lo fuera no me llevaría a Madison. No te preocupes. Un año no es nada, Jane. Belén es una ciudad preciosa.

—¿Y no correréis ningún peligro las dos solas?

—No te inquietes, además, el peligro está en todas partes. Ya lo sabes...

Jane bajó la mirada y asintió con resignación. No podía decir lo contrario. Ella también había perdido la sonrisa después del atentado del once de septiembre en el que falleció su hermano. Miró seriamente a su sobrina, la besó en la mejilla y le cogió la mano.

—Buen viaje, Maddy, cuídate.

—Adiós, tía Jane.

—Si tienes ganas de regresar o necesitas algo, llámanos sin dudarlo, querida. Puedes quedarte en casa, Meg estará encantada, ya lo sabes.

—Lo haré, tía Jane. Gracias —mintió Madison mientras pensaba que antes muerta que vivir con su prima Megan.

Aunque eran de la misma edad, Megan ya había tenido dos novios y muchas citas. Cuando iban juntas a una fiesta, Megan no paraba de reír y coquetear con todos. Era imposible maquillarse más que su prima. En cuanto salía por la puerta de su casa, se cambiaba de ropa, se ponía tacones y se dedicaba a hablar con los chicos como si todos le importaran, pero ella sabía muy bien que no le interesaba ninguno.

Además, cuando recordaba el incidente con Scott, una humillante vergüenza la invadía. Estaba segura de que no lo olvidaría por más años que viviese. Se había pasado un curso entero intentando encontrarse con él a la salida de las clases y hasta se había sentado a su lado en el comedor en varias ocasiones. Tanto esfuerzo para que al final se hiciera novio de su prima Megan, solo porque era

animadora del equipo de baloncesto y llevaba falda corta y ridículos pompones de colores. Lo peor de todo era que estaba segura de que Megan le había contado a Scott lo que ella sentía por él, porque desde aquel momento le pareció que él la miraba de manera diferente, o tal vez eran imaginaciones suyas, pero nunca más podría mirarlo a la cara sin sentirse mortificada, y jamás volvería a perseguir a un chico. Eso lo tenía muy claro. ¡Cómo odió a su prima durante los tres meses que salieron juntos! ¿Vivir con ella? Antes se bañaba en un río lleno de pirañas en el Amazonas. Eran menos peligrosas.

María siempre intentaba ocultar su abatimiento. No quería que su hija se angustiara. Temía por ella. Madison había ido cambiando desde la muerte de su padre. No lloraba nunca, pero una obstinada soledad la rodeaba, y había adelgazado. Se pasaba los días en la terraza mirando por el telescopio. No hablaba de Thadeus ni se lo permitía a ella. María tenía la certeza de que su hija sufría, por eso intentó ocultar su llanto cuando el avión des-

pegó. Madison la vio enjugarse las lágrimas con la punta de su pañuelo mientras miraba por la ventanilla.

El viaje fue muy largo y Madison durmió todo el tiempo. Se despertó cuando el piloto les indicó que miraran hacia abajo y contemplaran la selva. Era tal como su padre siempre le había contado. Aunque le parecía conocerla, la veía por primera vez, en su totalidad, magnífica y espectacular. Un mar verde sin fin y un torrente oscuro cruzándolo. El río más negro que jamás hubiera visto. En aquel momento, un enorme arco iris se formaba sobre los frondosos árboles como si estuviera recibiendo las.

—Mira, mamá, estamos sobrevolando la jungla y hay un arco iris —dijo Madison.

La madre miró a través de la ventanilla y sonrió.

—Es verdad, ¡qué bonito! Creo que es una buena señal. Cuando tu padre llegó por primera vez, me contó que también vio formarse uno y que...

—Creo que ya estamos bajando —cortó Madison, cambiando de tema—. ¡Es una ciudad

grande! —dijo. La ciudad de Manaos era mucho más extensa de lo que había imaginado, incluso tenía edificios altos.

—Supongo que habrá cambiado mucho —dijo la madre.

—¿Dónde dormiremos?

—Nos alojaremos en el Hotel Royal, hija. Está cerca del mercado que diseñó Eiffel y es una réplica del viejo mercado de Les Halles, en París. Te gustará mucho. A Manaos se la conoce como el París del Amazonas porque fue una zona muy rica gracias al caucho. ¿Te lo había dicho?

—Unas cuantas veces... —dijo Madison con expresión aburrida.

—Hasta que empiece a trabajar en Belén y nos den la casa, te enseñaré un poco la selva, el río Amazonas y el Río Negro.

—¿Cuánto tardarán en darnos la casa?

—No creo que más de una semana —dijo la madre.

—No es demasiado tiempo...

—¡Ah! El Hotel Royal —dijo, suspirando—. Te gustará. Era el hotel en el que se solía alojar

Thadeus. ¡Éramos tan jóvenes! Fuimos muy felices aquí. Conocíamos a mucha gente. No sé si quedará alguien o si me recordarán.

Por un momento, Madison pensó que viajar a Manaos quizás no había sido una idea tan buena. Empezaba a preguntarse si su madre iba a continuar hablando sobre el pasado constantemente. De ser así, sería difícil soportarla.

Cuando bajaron del avión, tras veintidós horas de viaje y una parada en Miami, las envolvió un calor húmedo. María sintió una alegría súbita que le confortó el corazón. El calor le devolvía la vida. Madison, por el contrario, no paraba de sudar. Solo pensaba en beber. Todo le era extraño: los olores le parecían más fuertes, el tráfico le resultaba caótico. Habían pasado del helado invierno al calor del verano.

Aquella misma noche se bañó en la piscina del hotel mientras caía la lluvia sobre su rostro. Le encantaba bañarse de noche en las piscinas porque nunca había nadie, además, podía contemplar sus piernas bajo la luz turquesa dentro del agua. El silencio era absoluto y reconfortante, había estrellas y se podía flotar tranquilamente.

Al día siguiente dieron un paseo por la ciudad antigua y por el muelle. Madison se moría de calor y tenía la impresión de que se quemaba bajo los rayos del sol abrasador. Su madre la obligó a ponerse un sombrero y una camiseta de manga larga para resguardarse de la radiación.

Visitaron el lujoso teatro Amazonas, construido con mármol italiano y cristal francés. También fueron al Centro de Artesanía Indígena. En aquel lugar había de todo: cestas, bisutería e instrumentos musicales raros que nunca había visto.

Tras el paseo, Madison estaba tan cansada que aprovechó que era sábado para dormir hasta bien entrada la mañana del domingo. Desayunó en la cama mientras su madre hacía unas llamadas para planificar una expedición por el río.

A primera hora de la mañana del lunes se subieron a un barco amarrado en el bullicioso puerto de la ciudad y navegaron rumbo a un sitio llamado Encuentro de las Aguas. Durante un buen rato, Madison se dedicó a observar en silencio las aguas del río Solimoes y del Río Negro, que confluían durante varios kilómetros sin jamás llegar a juntar-

se, creando una serpenteante línea. El agua de cada torrente mostraba un color distinto, como si quisieran marcar su territorio.

—Parece aceite y agua. No se juntan. Fíjate, mamá, este río tiene el color más increíble que he visto en mi vida. En realidad es rojo oscuro, parece sangre aguada.

—Exactamente ¿Y sabes por qué?

—Ni idea...

—Porque tiene grandes cantidades de humus y partículas de óxido de hierro en suspensión —le explicó—. Por eso es rojo, aunque parece negro visto en su totalidad. La temperatura, la velocidad, la densidad y los componentes orgánicos de cada río son diferentes, y eso hace que les cueste tanto mezclarse. El Solimoes, por ejemplo, al arrastrar limos silíceos, es más claro.

Madison miró a su madre. Lo sabe todo, pensó y una mezcla de admiración y frustración se apoderó de su ánimo. Quería a su madre y le hubiera gustado parecerse a ella. La doctora María da Silva era inteligente y encantadora. Todos la apreciaban y era el alma de las fiestas cuando charlaba con su

dulce acento. Recordaba la mirada de admiración de su padre. Se notaba que la amaba. Su madre era muy guapa. Ella en cambio, ni siquiera podía ponerse al sol sin quemarse y huía de la luz como un vampiro urbano. No tenía esa preciosa piel canela, ni la figura perfecta, ni el cabello espeso y rizado.

El barco enfiló río abajo hasta llegar al Amazonas. Durante la travesía, Flavio, el guía, les señalaba los animales que veían al pasar. Madison miraba con mucho interés. Vio caimanes que le parecieron cocodrilos de pequeño tamaño, tucanes que permanecían inmóviles en las ramas de los árboles, halcones y águilas que observaban desde las alturas y hasta dos delfines rosados del Amazonas que rondaron la embarcación juguetonamente.

Después de amarrar el barco, caminaron un buen rato por la jungla. Los sonidos de la selva eran inquietantes, pero a pesar del miedo, Madison estaba contenta porque veía que su madre reía de nuevo. Flavio seguía mostrándoles los animales, escondidos entre el verdor de la selva. Hasta pudie-

ron distinguir un oso perezoso, abrazado a un árbol y una boa dormitando sobre una rama.

—No toquen los árboles ni caminen con sandalias —les había advertido el guía—. En cuestión de segundos sus manos estarían llenas de hormigas rojas. También hay serpientes. No lo olviden.

Madison caminaba con una cierta rigidez, siguiendo los pasos de Flavio. A cada rato se subía los calcetines; se imaginaba a sí misma cubierta de hormigas o mordida por una víbora venenosa. Había mosquitos por todas partes.

—¿Sabían ustedes que en esta jungla se encuentra el diez por ciento de las especies de plantas y animales de todo el mundo y que aquí se produce el veinte por ciento del oxígeno y del agua fresca del total de la Tierra? —preguntó el guía.

Madison asintió. Lo sabía de sobra, sus padres se lo habían dicho muchas veces.

—Muchos kilómetros hacia adentro, los árboles son más altos —continuó Flavio—. Llegan a alturas de cuarenta metros, y el sol a duras penas penetra en la selva y nunca alcanza el suelo—. Hizo una pausa y miró a Madison, sonriente—. Además, en esta

zona viven insectos raros y hasta doscientas especies de mariposas diferentes. Hay serpientes de todas las clases y tamaños y en las copas de los árboles se ocultan monos desconocidos para el hombre y pájaros nunca vistos.

Cuando regresaron al barco, pescaron pirañas para comerlas en la cena. También distinguieron un jacaré bebiendo en la orilla. Se trataba de un caimán pequeño con cara de dinosaurio.

El atardecer se fue apoderando del cielo, con un color rojizo espectacular vetado de amarillo, rosa y malva. El sol se ocultaba muy pronto en aquella parte del mundo.

Madre e hija, en la borda del barco, observaban el espectáculo sin hablar, como quien contempla una película que está a punto de acabar.

Cuando se hizo de noche, los ruidos de la selva aumentaron, y Madison los escuchaba inquieta, desde el barco anclado. Imaginaba que aquella selva repleta de seres desconocidos la estaba espiando y que miles de ojos seguían sus movimientos desde las copas de los árboles.

—¿Qué es eso? —preguntó Madison asustada, señalando hacia algo brillante que se movía en el agua.

—Son anguilas eléctricas. De noche se ven mucho mejor —explicó Flavio con naturalidad.

A Madison, la noche en el Amazonas le pareció fascinante. Nunca antes había dormido en una hamaca en la cubierta de un barco. Para su sorpresa, no era tan incómoda como parecía o, quizá, el cansancio pudo con ella, porque cuando volvió a abrir los ojos ya era de día.

Así como la noche en la jungla atemorizaba, el día era lo más hermoso.

A la mañana siguiente emprendieron rumbo hacia su nuevo hogar.

María da Silva había pedido una casa cerca de la bahía, pues deseaba estar lo más cerca posible de la naturaleza.

Era tal su notoriedad como especialista en patologías tropicales que sus deseos se cumplieron de inmediato.

Madison había pasado de vivir en un rascacielos a vivir en una comunidad de casas situadas sobre un palafito con vistas a la bahía de Guajará.

El acceso estaba vigilado por guardas armados. Cuando entraron en la casa que les habían asignado, les pareció que se trataba de una vivienda normal y corriente, con su porche para aparcar el coche, pero al asomarse a las ventanas traseras descubrieron que había sido construida sobre la bahía.

—¿No será peligroso? —preguntó Madison.

—En absoluto —respondió su madre—. Es justo como lo había imaginado.

—¿Seguro de que no será arriesgado vivir aquí?

—Todo está previsto, no te preocupes.

—¿Y si entra algún animal salvaje?

—Creo que los animales prefieren estar en la selva, hija. Además, esta casa es muy segura y los guardas los verían ¿no te parece?

—¿Y si entra alguien por la parte que da al río? Alguien que no sea un animal quiero decir.

—No temas tanto, Maddy. ¡Dios mío! Te empiezas a parecer a tu tía Jane.

—Que yo sepa, no tiene nada de malo —contestó Madison sintiéndose atacada. No le gustaba nada que la comparase.

—No he dicho que sea malo, solo que a veces te pareces a ella. Debes aprender a no tener miedo de todo lo que te rodea.

Madison experimentó una rabia silenciosa. ¿De que servía querer conseguir cosas si todo podía acabarse de repente de la manera más estúpida? Era tan sencillo como irse a trabajar una mañana y no volver nunca más. Así de fácil.

—A lo mejor es que yo no quiero conseguir nada —dijo mirando a su madre con frialdad—. Y, además, dime ¿por qué hay que ser valiente? Tía Jane dice que es preferible ser precavido, y me parece que tiene razón. Papá siempre hablaba con ella, así que no me importa parecerme a ella. No me importa nada.

—Tu tía es una mujer muy sensata. Tienes razón, es bueno ser precavido —empezó a decir María.

—Creo que me voy a deshacer mi maleta —respondió Madison.

—Me parece bien, cariño. No tardes, quiero que demos un paseo por la ciudad.

—De acuerdo, pero espero que no haya bichos en la habitación, de todas formas si encuentro una araña peluda de diez centímetros, te llamaré para que me ayudes a sacarla. Seguro que tú no tienes miedo —dijo Madison y abandonó la habitación.

María la observó mientras se marchaba con una sensación mezcla de cansancio e impotencia. Desde hacía unos meses, Madison interpretaba mal todos sus comentarios. Aunque intentara disimularlo, María sentía que le habían caído diez años encima. Era más de lo que podía soportar. Se ahogaba. Lo peor de todo era pensar que tal vez vivir era una rutina, con algunos buenos momentos, y el vacío de ver alejarse los mejores años y a aquellos a quienes más se había querido. Quizá todos sus esfuerzos habían sido en vano y era preferible dejarse llevar sin pensar demasiado. La vida era demasiado corta.

María y Madison dieron un paseo por Belén de Pará. A Madison le gustó el puerto bullicioso, lleno

de barcas, la hermosa iglesia de Nuestra Señora de Nazaré, el Orquidario do Coreto y el pintoresco mercado de Ver o Peso. La ciudad estaba llena de gente asomada a la puerta de su casa.

Mientras visitaban el puerto y la ciudad vieja, Madison sentía que se sumergía en el siglo XVII. Imaginaba cómo habría sido vivir en aquel siglo de casas coloniales pintadas de blanco, azul, rosa y amarillo pastel.

Los edificios le parecieron hermosos y un poco destartalados, tachonados de azulejos, de techos de tejas y de farolas antiguas.

Madison regresó a su nueva casa con la imaginación todavía excitada por el paseo.

Le resultó imposible dormir aquella primera noche en Belén. Sentía que le iba a resultar difícil acostumbrarse. El ambiente olía a humedad, y el sonido persistente del agua no la tranquilizaba. La luna iluminaba la estancia con una claridad obstinada. La noche era su enemiga; se hacía el silencio y los terrores tomaban vida apareciendo en forma de pensamientos interminables.

Madison cerraba los ojos, pero las imágenes estaban grabadas en su cabeza y no había manera de borrarlas. Aparecían tan claras como una película, pero eran reales y le susurraban al oído que el mundo era un lugar horrible donde la felicidad se perdía en un abrir y cerrar de ojos. No había escapatoria posible, pues no podía huir de sí misma ni de lo que había visto. Era imposible retroceder en el tiempo. Como cada noche, sus lágrimas fueron empapando silenciosamente la almohada.